

“Este hijo mío estaba perdido y lo hemos encontrado”

Pautas para la homilía

Viaje de ida y vuelta: una experiencia del espíritu humano

Estamos ante una de las páginas más bellas del Evangelio que siempre logra tocar fibras muy profundas del corazón: arrepentimiento, vergüenza y nostalgia en el pródigo; egoísmo y envidia en el hermano mayor. Por encima de todo, el amor incondicional del padre que es el protagonista de la parábola. Un hombre siempre dispuesto a perdonar y que espera contra toda esperanza el regreso del hijo ausente.

También confía conquistar el corazón del hijo mayor que nunca ha abandonado físicamente el hogar, pero que vive allí como un extraño. Estos hermanos no asimilan su condición de hijos porque no logran comprender el amor y la generosidad de su propio padre y de ahí que, al rechazar su pertenencia al padre y a la casa paterna, no se sientan tampoco como hermanos.

La misericordia de Dios es el mensaje central de la parábola. En ella estos tres personajes, bien diferenciados y representando un poco a todos nosotros, van trenzando sus historias personales, para llegar a la conclusión deseada por Jesús: Dios es más misericordioso de lo que sus críticos, los fariseos y letrados, imaginan. Ofrece siempre a todos la posibilidad de un perdón que regenera a la persona para una vida nueva.

El hecho de que uno de sus hijos haya disipado su patrimonio no es lo que más preocupa al padre. Lo más doloroso para él consiste en que este hijo se haya ausentado, que viva lejos del hogar. Anhela su retorno y, cuando un día lo ve llegar a lo lejos, corre alborozado para recibirle y abrazarle. Ni siquiera le permite terminar las frases de excusa que había preparado. Lo que importa es que este hijo ha recapacitado y ha vuelto: *este hijo mío estaba perdido y lo hemos encontrado*. La preocupación del padre es devolver inmediatamente al hijo su dignidad como tal.

Y luego está el hijo mayor que físicamente nunca se ha ido del hogar, pero no comprende la grandeza de corazón del padre, tanto hacia su hermano menor como hacia él mismo. En su egoísmo, por el contrario, rechaza que su padre esté preocupado por el hijo disoluto, y más aún porque celebra su regreso a casa. Y se niega a participar en la alegría familiar.

Jesús añade la historia de este hijo mayor precisamente en referencia a escribas y fariseos, críticos de la conducta de Jesús que se muestra amigo de los pecadores. El hermano mayor representa a quienes se consideran justos porque cumplen la ley, pero carecen de espíritu y amor.

Así es Dios: un Padre que nos ama y perdona

La figura del padre de la parábola desvela el corazón de Dios. *“Cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se le conmovieron las entrañas”*. Estos dos verbos definen a Jesús como la imagen perfectamente transparente de la compasión del Padre, que nos ama en su Hijo y espera siempre nuestra conversión y nuestro retorno cuando nos alejamos creyendo poder encontrar nuestra felicidad en otras cosas. Incluso entonces no deja de ser nuestro Padre y viene a nuestro encuentro cuando, movidos por su gracia, volvemos a Él. La fidelidad de su amor es más grande que cualquier pecado.

Por tanto, cualquiera que sea nuestra situación, podemos estar seguros de una cosa: nuestro Padre Dios espera vernos en el camino del retorno. No importa si somos el hijo pródigo o el hijo presuntuoso. No importa cuántas y cuán profundas sean las heridas que hemos ido acumulando en nuestra historia personal. Lo que realmente importa es un corazón arrepentido que retorna a los brazos misericordiosos del Padre.

Reconciliados con Dios podremos comenzar o reanudar, nuestro camino de fe como hijos, por gracia, por amor. Dios se ha preocupado de obtener nuestra reconciliación a un precio muy alto, dándonos a su propio Hijo: *Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga vida eterna* (Jn 3, 16).

En las parábolas de la misericordia, la iniciativa de la reconciliación parte siempre de Dios, y a nosotros toca responder a su invitación. Así se nos reveló Dios en Cristo Jesús, que es la encarnación del perdón divino: *Todo procede de Dios que nos reconcilió consigo por medio de Cristo. Dios mismo estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo, sin pedirle cuentas de sus pecados. En nombre de Cristo os pedimos que os reconciliéis con Dios*" (2ª lect.).

En este tramo de Cuaresma que aún nos separa de la Pascua, estamos llamados a intensificar el camino interior de conversión. Dejémonos alcanzar por la amorosa mirada del Padre y volvamos a él con todo nuestro corazón, para sentarnos a la mesa en la Pascua con todos los hermanos.



Fr. Pedro Luis González González
Convento del Santísimo Rosario (Madrid)